

tham extraña que Beccaria haya dicho en una obra dictada por la mas sana filosofia, que el derecho de la propiedad es un derecho terrible, y que tal vez no es necesario; y hé querido presentar algunas razones en defensa de un grande hombre. ¿ Por qué ha de extrañarse que Beccaria insinuc con el tono modesto de la duda una opinion que Rousseau y otros filósofos célebres han sostenido con el tono fiero y dogmático de la persuasion mas íntima? Que el derecho de la propiedad es un derecho terrible, no puede dudarse, pues que está expuesto á abusos funestísimos é inevitables; y que no sea necesario para la vida, lo prueban los hombres que viven sin propiedad. Ciertamente esta es necesaria en una sociedad política; ¿ pero acaso es necesario que el hombre viva en sociedad política? esta es la cuestion. Yo no hé querido mas que defender á Beccaria, y hé probado á lo ménos que para esto no se necesita un gran talento; atreverse á impugnarlo, solamente puede permitirse á un Jeremías Bentham.

CAPITULO X.

Analisis de los males que resultan de los atentados contra la propiedad.

YA hemos visto que la subsistencia depende de las leyes que aseguran á los tra-

bajadores los productos de su trabajo; pero conviene analizar mas exactamente los males que resultan de las violaciones de propiedad, los cuales pueden reducirse á cuatro artículos.

1º *Mal de no-poseion.* Si la adquisicion de una porcion de riqueza es un bien, preciso es que la no-poseion sea un mal, aunque mal negativo y nada mas. Así, aunque los hombres en el estado de pobreza primitiva no hayan podido sentir la privacion especial de los bienes que no conocian, es claro que han tenido de ménos toda la felicidad que resulta de ellos, y de que nosotros gozamos.

La pérdida de una porcion de bien, aunque se ignorase siempre, no dejaria de ser una pérdida. Si con calumnias apartas á mi amigo de la intencion que tenia de legarme una hacienda, que yo no esperaba, ¿ acaso no me haces perjuicio alguno? ¿ En qué consiste este perjuicio? en el mal negativo de no poseer lo que, á no ser por tus calumnias, hubiera poseido.

2º *Pena de perder.* Yo consigno en mi imaginacion, como debiendo pertenecerme

siempre, todo lo que poseo actualmente, ó debo poseer. Hago de ello la base de mi esperanza, la esperanza de las personas que dependen de mí, y el apoyo ó cimientó de mi plan de vida. Cada parte de mi propiedad puede tener para mí, además de su valor intrínseco, un valor de afección como herencia de mis antepasados, recompensa de mi trabajo, ó bien futuro de mis hijos. Todo me representa también aquella porción de mí mismo que hé puesto en ello, aquellos cuidados, aquella industria, aquella economía que se disputa, los placeres presentes para extenderlos á lo venidero. Así la propiedad se hace una parte de nuestro ser, y no se nos puede arrancar sin destrozarnos hasta lo vivo.

3º *Temor de perder.* Al pesar de lo que se ha perdido, se une la inquietud sobre lo que se posee, y aun sobre lo que podría adquirirse; porque siendo materias perecederas los más de los objetos que componen la subsistencia y la abundancia, las adquisiciones futuras son un suplemento necesario de las posesiones presentes.

Cuando la falta de seguridad llega á un

cierto punto, el temor de perder no permite gozar de lo que se posee. El cuidado de conservar nos condena á mil precauciones tristes y penosas, siempre sujetas á desmentirse. Los tesoros huyen ó se entierran, el goce se hace sombrío, furtivo y solitario, porque teme que si se muestra, hará ver á la codicia la existencia de una presa.

4º *Amortizacion de la industria.* Si desespero de asegurarme los productos de mi trabajo, no pienso más que en salir del día, y no quiero tomarme cuidados que solamente deben aprovechar á mis enemigos; y además, para trabajar no basta la voluntad, y se necesitan medios; porque mientras viene la cosecha es preciso subsistir, y una sola pérdida puede reducirme á la impotencia de obrar, sin haber apagado el espíritu de industria y sin haber paralizado mi voluntad misma. Así los tres primeros de estos males afectan las facultades pasivas del individuo; pero el cuarto toca á sus facultades activas, y las entorpece y amortigua más ó ménos.

En esta análisis se vé que los dos pri-

meros de estos males no pasan del individuo perjudicado; pero que los dos últimos se extienden y ocupan en la sociedad un espacio indefinido. Un atentado contra las propiedades de uno solo, introduce la alarma entre los otros propietarios: este sentimiento se comunica de uno en otro; y el contagio puede al fin extenderse al cuerpo entero del estado.

Para que la industria se desarrolle y extienda, es necesaria la reunion de poder y de voluntad: la voluntad depende de los fomentos, alicientes ó estímulos, y el poder de los medios. Estos medios son lo que en el lenguaje de la economía política se llama *capital productivo*. Cuando no se trata mas que de un solo individuo, una sola pérdida puede aniquilar su capital productivo, sin que su espíritu de industria se extinga ni aun se minore: cuando se trata de una nacion, la aniquilacion de su capital productivo es imposible; pero mucho tiempo ántes de llegar á este término fatal, puede el mal haber tocado á la voluntad, y el espíritu de industria puede caer en un marasmo funesto en medio

de los recursos naturales que presenta un suelo rico y fértil. Sin embargo, son tantos los estimulantes que excitan á la voluntad, que ella resiste á muchas pérdidas y á muchos motivos de desaliento. Una calamidad pasajera, por grande que sea, no destruye el espíritu de industria, y se la vé renacer despues de guerras devoradoras que han empobrecido á naciones enteras, como se vé á una encina robusta mutilada por la tempestad, reparar sus pérdidas en pocos años, y cubrirse de nuevas ramas. Para helar la industria no se necesita ménos que la operacion de una causa doméstica y permanente, como un gobierno tiránico, una mala legislacion, una religion intolerante que rechaza á los hombres, ó una supersticion minuciosa que los embrutece.

Un primer acto de violencia producirá desde luego, un cierto grado de aprehension: hé aquí ya desanimados algunos espíritus tímidos; una segunda violencia que sucede bien pronto, propaga una alarma mas considerable. Los mas prudentes empiezan á reducir sus empresas, y abandonan poco

á poco una carrera incierta; y á medida que estos ataques se reiteran, y que el sistema de opresion toma un carácter mas habitual, se aumenta la dispersion: los que han huido, no son reemplazados: los que han quedado, caen en un estado de languidez; y de este modo, á la larga, el campo de la industria, batido por estas tempestades, puede en fin hallarse desierto.

La Asia menor, la Grecia, el Egipto, las costas de Africa, tan ricas en agricultura, en comercio y en poblacion en la época floreciente del imperio romano, ¿qué han venido á ser bajo el despotismo absurdo del imperio turco? Los palacios se han convertido en cabañas, y las ciudades en aldeas. Este gobierno odioso para todo hombre que piensa, nunca ha sabido que un estado solamente puede enriquecerse por un respeto inviolable á las propiedades, y no ha tenido mas que dos secretos para reynar: empobrecer á los pueblos, y embrutecerlos. Así es que las mas bellas regiones de la tierra, marchitas, estériles, ó casi abandonadas, han venido á ser desconocidas bajo las manos de estos

bárbaros conquistadores, porque no se deben atribuir estos males á algunas causas remotas: las guerras civiles, las invasiones, las calamidades naturales hubieran podido disipar las riquezas, ahuyentar las artes, y abismar las ciudades; pero los puertos encombrados pueden volverse á abrir, las comunicaciones se restablecen, las manufacturas renacen, las ciudades salen de su ruinas, y todos los estragos se reparan con el tiempo, si los hombres continuan siendo hombres; pero ya no lo son en estas desgraciadas regiones en que la desesperacion, efecto tardío, pero necesario, de una larga inseguridad, ha destruido todas las facultades activas de la alma.

Si se quisiera trazar la historia de este contagio, se haria ver que sus primeros golpes caen sobre la parte rica de la sociedad. La opulencia es el objeto de las primeras depredaciones, y lo superfluo aparente se desvanece poco á poco; pero la necesidad absoluta se hace obedecer á pesar de los obstáculos, porque es preciso vivir; pero cuando el individuo se limita á vivir, el estado se enflaquece, y ya la

antorcha de la industria no arroja mas que algunas chispas moribundas. Por otra parte, nunca la abundancia es tan distinta de la subsistencia, que pueda herirse á la una, sin dar un golpe peligroso á la otra. Mientras los unos no pierden mas que lo superfluo, otros pierden alguna porcion de lo necesario; porque por el sistema infinitamente complicado de las relaciones economicas, la opulencia de una parte de los ciudadanos es el único fondo en que la parte mayor halla su subsistencia.

Pero se podria trazar otro cuadro mas alegre y no ménos instructivo de los progresos de la *seguridad* y de la prosperidad, su compañera inseparable. La América Septentrional presenta el contraste mas palpable de estos dos estados. Allí la naturaleza salvaje está al lado de la naturaleza civilizada: lo interior de esta inmensa region no ofrece más que una vasta soledad espantosa, bosques impenetrables, ó arenas estériles, aguas corrompidas, vapores impuros, reptiles venenosos: esto es la tierra abandonada á ella misma. Las hordas feroces que vagan por estos desier-

tos sin fijar su habitacion, siempre ocupadas en perseguir su caza, y siempre animadas entre ellas por rivalidades implacables, nunca se encuentran sino para atacarse, y llegan á veces á destruirse unas á otras: allí las bestias carniceras, no son con mucho tan peligrosas para el hombre como el hombre mismo; pero en los confines de estas horribles soledades, ¡qué aspecto tan diferente se presenta á la vista! Parece que con una sola mirada se abrazan los dos imperios del mal y del bien. Los bosques se han convertido en campos cultivados, los pantanos se desecan, los terrenos se consolidan y se cubren de prados, de pastos, de animales domésticos y de habitaciones sanas y alegres: allí se levantan ciudades nuevas sobre planes regulares, caminos espaciosos sirven para la comunicacion entre ellas, y todo anuncia que los hombres, buscando los medios de aproximarse, han dejado de temerse y de degollarse unos á otros: aquí algunos puertos de mar, llenos de navíos, reciben todas las producciones de la tierra, y sirven para la permuta de todas las riquezas. Un pueblo

innumerable que vive de su trabajo en la paz y en la abundancia, ha sucedido á algunas cuadrillas de cazadores, siempre situados entre la guerra y la hambre. ¿Quién ha hecho estos prodigios? ¿Quién ha renovado la superficie de la tierra? ¿Quién ha dado al hombre este dominio sobre la naturaleza hermoçada, fecundada y perfeccionada? Este genio bienhechor es la *seguridad*.

La seguridad es la que ha hecho esta grande transformacion; ¡y cuán rápidas son sus operaciones! Apenas hace dos siglos que Guillermo Penn abordó en aquellas costas salvages con una colonia de verdaderos conquistadores, porque eran hombres de paz que no mancháron su establecimiento con la fuerza, y que solamente se hicieron respetar por actos de justicia y de beneficencia.

COMENTARIO.

Bentham reduce á cuatro artículos generales los males innumerales que causan los atentados contra la propiedad: *mal de no-posesion*, que es realmente un mal, aunque no se conozca

el bien de la posesion: *pena de perder*, pues perdiendo una porcion de mi propiedad, pierdo una porcion correspondiente de felicidad, y aun una parte de mi mismo: *temor de perder*, incompatible con un goce tranquilo, y enemigo de la abundancia, que se procura ocultar para no despertar y excitar la rapacidad: *amortizacion de la industria*, porque el hombre no trabaja no estando seguro de que gozará exclusivamente del fruto de su trabajo; fuera de que los atentados contra la industria no solamente quitan la voluntad, sino tambien el poder de trabajar, dos cosas, cuya reunion es necesaria para que la industria prospere. El poder depende de los medios, que son lo que los economistas llaman capital productivo, el cual se disminuirá progresivamente á cada atentado que se cometa contra la propiedad. Estos atentados no se excusan con decir que no se toca mas que á lo superfluo: lo primero, porque á fuerza de tocar á lo superfluo, se llega precisamente á lo necesario; y lo segundo, porque lo superfluo de una persona es lo necesario de otras: pues si el rico no tuviera un sobrante, no podria hacer trabajar al pobre, y este pereceria por falta de lo necesario; lo cual hace ver que los pobres y los ricos son igualmente interesados en que se respete la propiedad. Nada puede decirse mas filosófico y mas juicioso que lo que dice nuestro autor, explicándonos cómo los atentados contra la propie-

dad disminuyen poco á poco la industria, y al cabo la extinguen : este capítulo es uno de los mas preciosos de la obra, porque á la solidez de la doctrina, se une en él la claridad y la belleza de los cuadros que nos presenta.

CAPITULO XI.

Seguridad. — Igualdad. Su oposicion.

CONSULTANDO á este gran principio de la seguridad, ¿qué debe ordenar el legislador, en cuanto á la masa de los bienes que existen?

Debe mantener la distribucion de ellos tal cual se halla establecida. Esta es la que, bajo el nombre de *justicia*, se mira con razon como su primera obligacion. Esta es una regla general y sencilla que se aplica á todos los estados, y se adapta á todos los planes, aun á los que son mas contrarios. Nada es mas diverso que el estado de la propiedad en América, en Inglaterra, en Ungría y en Rusia : generalmente en el primero de estos países el cultivador es propietario; en el segundo

arrendador ó colono; en el tercero siervo de la gleba ó del terron, y en el cuarto esclavo. Sin embargo, el principio supremo de la seguridad ordena que se conserven todas estas distribuciones, aunque la naturaleza de ellas sea tan diferente, y no produzcan la misma suma de felicidad; pero, ¿cómo harías otra distribucion sin quitar á alguno lo que tiene? ¿cómo despojarias á los unos, sin atentar á la seguridad de todos? Cuando tu nueva reparicion se haya desarreglado, es decir, al dia siguiente que la hayas establecido, ¿cómo te dispensarás de hacer otra? ¿y por qué no corregirás esta del mismo modo? Y entretanto ¿qué es la seguridad? ¿dónde está la felicidad? ¿dónde está la industria?

Cuando la seguridad y la igualdad estan en oposicion, no se debe dudar un momento : la igualdad es la que debe ceder; porque la primera es el fundamento de la vida : subsistencia, abundancia, felicidad, todo depende de ella; pero la igualdad no produce mas que una porcion de bienestar; fuera de que, por mas que se haga,